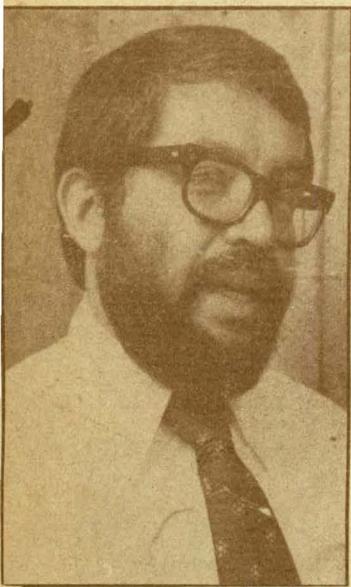


Un premio a

1985
19-Junio-

Gómez Arias

POR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA



“Red privada era para mí, día con día, un trozo de periodismo alucinante —escribió el año pasado, recién muerto don Manuel, en el suplemento de Siempre!, don Alejandro Gómez Arias—. Pueden señalarse nombres de comentaristas notables por su valor y su modo de decir, analítico, lúcido y brillante, pero es difícil encontrar reunidos, como en Buendía, tan seguro dominio del lenguaje —venía de sus latines de adolescente— que le permitía jugar con las reglas engañosamente elementales de la prosa periodística. En él, además, la importancia del tema no se perdía así lo cubriera con un fresco sentido del humor. Conservaba, de su época de reportero, el estilo fascinante de

la nota policiaca y el conocimiento de la más oscura zona de la sociedad. Entonces encontró su maestría y fuerza para describir a las figuras, grandes o pequeñas, de la delincuencia. Tal vez eso le costó la vida”.

Unidos entrañablemente en ese párrafo, los nombres de Buendía y don Alejandro han vuelto a juntarse. Las universidades de Zacatecas y Puebla, después de una cuidadosa meditación por temor a incurrir en el oportunismo, resolvieron crear, con el nombre del columnista asesinado, y en su homenaje, un galardón que premiara una trayectoria periodística excepcional. El jurado, entre cuyos miembros estaban los rectores de esas universidades, y el escritor Carlos Monsiváis, decidió atribuirlo por primera vez a Gómez Arias, quien ya había obtenido en 1973 el premio José Joaquín Fernández de Lizardi, y en 1977 el premio Elias Sourasky.

Gómez Arias nació en Oaxaca en 1906, exactamente un siglo después que su más ilustre coterráneo. A los 21 años, normalista, descubre que le fue dado el don de la palabra. Y el humor. Con esas armas, participa en el concurso de oratoria patrocinado por El Universal. En su discurso habla, primero, de la mujer: “la amaba sin el feo pecado de idealizarla” y luego, del Libertador: “No creo en Bolívar semidios; no entiendo cómo puede admirarse en él otra cosa que su patente humanidad”. Y cuando debe contestar a la pregunta ¿qué sistema político conviene a México?, responde prontamente: “el que sea, con tal de que sea justo”. Gana entonces apenas, el tercer lugar.

Pero también es perseverante. Se prepara con diligencia tal, que el año siguiente se convierte en campeón nacional de oratoria. Sincero, admite en su primera intervención: “Una incurable vanidad justifica, una vez más, mi presencia en esta Tribuna. Vengo con la esperanza que renace, constantemente niña, amiga de la Fortuna —diosa atrevida— al decir de Luciano, y obligado por ese irrefrenable impulso que hace volver inevitablemente a los criminales al lugar de su pecado”.

Se le pide más tarde que hable de las cualidades del orador, es decir que reflexione sobre su propia condición: “el orador, si lo es en realidad, tendrá que buscar en el fondo de sí mismo el arquetipo que trate de realizar. Búsqueda de lo íntimo y lo personal, pero sin perder de vista que el orador no vi-

ve nunca solo, que él y su público son partes iguales de un todo armonioso e idéntico”.

El jurado dudó entre Gómez Arias y Luciano Kubli, de suerte que los hizo ir una y otra vez a la tribuna, para disipar su vacilación. Una y otra vez, también, auditorio y jurado refuerzan la inclinación que al fin los vence. Ya es campeón Gómez Arias.

Con ese lauro, sobresale su apoyo a Vasconcelos, que entra a la ciudad de México el 10 de marzo de 1929. El 24, Gómez Arias lo acompaña a dar su primera conferencia en el cine Imperial. Dice que Vasconcelos “no oírá de nuestros labios vano elogio, pues lo admiramos por su profundo valor humano y lo presentamos a México con nuestro mejor entusiasmo. Dicen que somos reaccionarios los que han falsificado y manchado la Revolución, los que han mutilado los artículos 27 y 123 y que se han entregado a todas las concupiscencias”. En mayo, la riesgosa lucha vasconcelista sería interrumpida por un paréntesis de 68 días en los que Gómez Arias probó que su palabra no era retórica vana sino capacidad de dirección. Presidió en ese lapso el directorio de la huelga estudiantil que culminó con la autonomía universitaria.

El 12 de julio de 1929, con solemne coraje, Gómez Arias dictaminó: “Se da por terminado el movimiento, y el directorio, por última vez, suplica encarecidamente a todos los estudiantes de México hagan que la Universidad Autónoma, que hicimos con la Revolución de nuestra sangre, de nuestra huelga y de nuestra palabra, viva cada día más fuerte, más pura, y más mexicana”.

Privilegiado, capaz de asistir con lucidez medio siglo más tarde al balance de aquella lucha, Gómez Arias participó en los festejos del cincuentenario, en 1979. Se le preguntó entonces qué pensamiento enviaría a la comunidad universitaria y respondió, transparente: “No se puede pensar en un mensaje. Cada generación, o mejor dicho cada hombre, debe descifrar el enigma de su presencia y definir las reglas de su conducta. No es fácil, pero la voluntad de ordenar la confusión o la duda, da al más bello periodo de la aventura del ser, la juventud, su inmenso valor. Y nadie puede ayudar en ese trance a nadie. El guía, el maestro, la cátedra, los libros, los ejemplos de las vidas excelsas permiten entender las grandes interrogaciones e imaginar tal vez algunas respuestas. Ninguno, no obstante, encontrará más de lo que el sueño, construya, cree”.

En esa media centuria, Gómez Arias sufrió el dolor impotente de la derrota de Vasconcelos frente al crimen y la imposición. Hizo una breve travesía del desierto, asimiló los golpes y se reincorporó al trabajo universitario, graduado ya en jurisprudencia. Funcionario de la Universidad Nacional, fundó la radio universitaria y fue el orador al que la institución encargó expresar la solidaridad universitaria, el 22 de marzo de 1938, al acto de expropiación petrolera. En el controvertido periodo de Octavio Vázquez, del que fue secretario particular, al frente de Educación Pública, dejó también su impronta de fundador, al establecer el Seminario de Cultura Mexicana y crear el Colegio Nacional, cuyo discurso de fundación tuvo a su cargo. Luego, en 1947 vivió la efímera ilusión del Partido Popular.

Más tarde, el retiro, que después hemos sabido resultado de la soberbia de saberse mejor que los políticos. Y el silencio, al fin roto para decir en los periódicos cómo se ve lo que pasa en México a través de unos ojos limpios, sensibles, henchidos de saber, y libres del pecado por la humildad que se adquiere en la cumbre, en la plenitud.